

por un momento me obligó á olvidar la pérdida.

—¿Cómo vuelvo á mi casa?—pensé— Necesitaba un huracán para justificar que me había arrebatado el sombrero: decir que me lo han robado es una necesidad.

»Terminó la habanera.

»¡Ya éramos novios, la aldeana y yo! ¡Qué rápidamente se consolidan las pasiones en cierta edad!

—Ahora vamos á tomar algo—dijo la máscara verde cuando volvimos á reunirnos los cuatro.

—¿A tomar?—pregunté maquinalmente:—como no tomemos medidas. —Esta frase de sastrería me recordó de nuevo á mi Elena.

»Cada cual de las muchachas se me colgó de un brazo: el pájaro verde nos seguía.

»A los pocos pasos ví que hablaba el pájaro, la mamá de bayeta verde: el mascarón del dominó negro le ofrecía el brazo, que ella admitió, y continuaron detrás de nosotros.

»Llegamos al restaurant.

—¡No hay mesa!—dijo mi aldeana, que durante el paseo había procurado distraerme con zalamerías.—¿Qué tienes hombre?—me preguntó:—estás distraído; ¿no vienes á gusto con nosotras?

—No supongas eso que me ofendes.

—¡Cuánta gente!—repetía la jardiñera.

—Allí hay mesa—gritó la mamá, con el mismo entusiasmo con que Cristóbal Colón gritaría «¡Tierra!» al descubrir las costas del Nuevo Mundo (y perdónen Vds. la comparación;—¡allí, allí!

»Nos dirigimos al sitio indicado, pasando entre aquellos pelotones de máscaras naturales y artificiales, y llegamos á una mesa situada entre otras dos, y allí, sentada junto á una de ellas, con la cintura rodeada por el brazo de un caballero castaño claro, y vestido de corto, ví...

»¡Ah! ¡era ella! ¡ella vestida de maja de la época de Goya, luciendo sus bra-

zos y su cuello torneado y blanco, y algo más de lo que marca el figurín de la época. ¡Elena! mi modista, digo *su* modista; porque ya no podía considerarla como cosa mía: el ángel, la paloma sin hiel; la que no había entrado jamás en un salón de baile!

»Pensé primeramente en lanzarme sobre ella y asesinarla.

»Después medité en el suicidio.

»Luego...

»Luego llamó al mozo la mamá, mi máscara política.

»Me senté maquinalmente.

»Elena, ó no me vió, ó no hizo caso de mi presencia, y continuó bromeando y bebiendo con sus amigas y con sus amigos.

»Entonces me enteré de que el mascarón negro estaba á un lado; y á otro, mi aldeana.

—¡Mozo! ¡mozo!—gritaba la vieja, instigada por el mascarón.

»Sirvieron... no sé lo que sirvieron; más de cinco platos por barba ó por boca; es verdad, que aquello no eran bocas, sino boquetes. ¡Qué manera de comer todos, ó todas, porque el fantasma del dominó no comía: bebió una copa de vino, tomó una aceituna, y me tiró el hueso á la cabeza.

»Recordé que estaba sin sombrero: por eso se burlaban de mi algunos individuos.

—¡Caballero!... exclamé al sentir el choque del hueso con el de mi cabeza.

—Es una broma—murmuró la máscara verde, que cuando comía imitaba con la cara un acordeón.

«La broma se repitió, pero con un hueso de chuleta.

«Me levanté furioso, y entonces...

«El mascarón me atizó un puntapié de los de primera clase.

«Quise tirarle una botella, y me sacudió otro puntapié.

Mediaron algunos sujetos: Elena se reía á carcajadas: tomé un cuchillo para *descabellarme*, y me le quitaron.